

GEOGRAFIA ECONOMICA ESPAÑOLA

ALFREDO LAGUNILLA IÑÁRRITU
México

I

DESDE los finales del siglo XVIII, hasta nuestros días, hemos venido interpretando la historia social y privada de todos los pueblos con las ideas y las últimas conclusiones que para sí propias habían alcanzado ciertos pueblos en el cenit de su cultura contemporánea. Los españoles han padecido esta virtud, valga la contradicción, debido a la proximidad y vecindad de una Europa culta y dominante. La presunción de encontrarse plenamente dentro del ciclo de una economía superada no les ha dejado muchas veces ver con claridad hasta qué punto las interpretaciones de la historia contemporánea de los pueblos guías podían ser excelentes, si sólo tomaban de ella la técnica investigadora y *no siempre* esa cierta dogmática que va unida a la letra misma de toda cultura, en su florecimiento universalista.

Pero los universalismos de interpretación económica, nacidos y desarrollados en la Europa occidental, hasta hoy dominante en las materias interpretativas, no siempre pueden ser aplicados con fruto completo en otras regiones periféricas a la Europa atlántica, incluyendo a España.

Por ejemplo ¿qué decir de la acumulación de los capitales industriales y del capitalismo en general durante la segunda mitad del siglo XIX? Para acumular y para invertir los españoles han empleado las mismas instituciones predominantes en la Europa occidental, pero las bases del ahorro y de la inversión en España no siempre formaron parte del mismo ciclo de desarrollo común a toda la Europa occidental, sino de una manera relativa.

¿Por qué una determinada fórmula de organización económica, una filosofía social en boga para Francia, Inglaterra o Alema-

GEOGRAFIA ECONOMICA ESPAÑOLA

nia, resultaba un medio incompleto de progreso general para España?

Pero, ¿dónde estaba la diferencia? ¿En la raza, en el grado de desarrollo histórico o ciclo de cada grupo de pueblos europeos entre sí? Indudablemente la diferencia entre pueblos puede tener causas múltiples, pero la principal muchas veces es de orden geográfico.

Examinemos la importancia diferencial que presenta la geografía —y aún más la geografía económica— en este proceso de desacuerdo que presenta la vida social e histórica de Europa, precisamente por lo que al caso de España se refiere, a partir de los finales del siglo XVIII, y durante todo el siglo XIX, momento cumbre para el desarrollo económico y social de la que venimos llamando Europa atlántica. Hagamos este análisis en virtud de que, según el profesor Xirau,¹ en este momento los españoles carecen de ideas claras sobre su pasado y sobre su futuro.

II

Estudiemos la cuestión situando el problema desde el punto de vista de este personaje que es la geografía económica —y también la antropogeografía— peninsular, personaje al cual la alta cultura romántica y progresista española del siglo pasado no dió la importancia que debía, a pesar de ser egregia y permanente la majestad real de tal personaje en los asuntos históricos españoles.

Recordemos a un clásico hispano-mogrebí que ya en el siglo XIV trató las cuestiones sociales desde el punto de vista de la geografía. Un cierto Aben Haldun, nacido en Túnez, de padres españoles, quien vivió de 1332 a 1406, entraba en la cultura europea de manos de Renán, como un personaje arcaico a la cultura occidental. Presentaba un gran interés este Aben Haldun, más por haber explicado una cierta filosofía de la historia, cuando todavía Europa vivía su-

¹ "Humanismo español: ensayo de interpretación histórica", *Cuadernos Americanos*, año I, núm. 1, enero-febrero de 1942, pp. 132-154.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

mergida en el antihistoricismo nominalista de la Edad Media decadente, que como definidor muy sustantivo y naturalista de la historia misma.

Aben Haldun interpretaba la historia social a través de los hechos ocurridos dentro del área geográfica continua que se halla asentada sobre el Asia Menor, la gran Asia Central, el norte de Africa y aun de una parte de España. Sentaba su teoría para probar que nómadas habitantes de espacios geográficos esteparios, donde la propiedad privada no arraiga en forma definitiva, y habitantes sedentarios de los oasis, vegas fluviales y costas fértiles, se habían disputado, con característico flujo y reflujo, todo ese inmenso mundo geográfico por él estudiado. Interpretando un poco libremente los dispersos datos de la filosofía de la historia de Aben Haldun, podemos atribuirle la creencia de que los teatros geográficos no fáciles al sedentarismo son más adecuados a formas sociales de tipo colectivista (en sus formas de colectivismo primitivo), así como los teatros geográficos no fáciles al nomadismo resultan más adecuados para el establecimiento de la propiedad; y que ambos tipos de organización social y económica, desarrollados en virtud de regiones geográficas diferentes, dan tipos de organización que, alternativamente, se complementan. Por ejemplo, cuando los pueblos sedentarios desfallecen, los pueblos nómadas se ponen en marcha y viceversa.²

² No existe una sola Europa, como no existe una sola España, sino tres Europas: la mediterránea, cuya historia es predominante para el mundo hasta el siglo xv; la atlántica, predominante hasta hoy, desde los días de la decadencia mediterránea; por último, la Europa continental propiamente dicha, lindante con Asia. Por cierto que, puestos a interpretar la historia social de las tres Europas, como podemos interpretar la de España, digamos que a la decadencia de Roma ocurrió una invasión de los pueblos nómadas acampados en los alrededores del mundo romano, lo mismo que hoy, frente a la crisis de los pueblos sedentarios de la Europa atlántica, procede la inquietud de los pueblos seminómadas del gran *hinterland* euroasiático. Y aun Abel Haldun diría ante esta situación: con lo cual se prueba que, *mutatis mutandis*, la organización política de nómadas partidarios de sistemas eco-

GEOGRAFIA ECONOMICA ESPAÑOLA

Luego, Aben Haldun, era, nada menos, que el primer geopolítico de la Historia; por eso los españoles tienen el deber de estudiarlo con extraordinario interés.

III

La calvicie de los macizos montañosos españoles es legendaria y fuertemente característica, sin paridad en toda la Europa vecina, occidental y atlántica. La altiplanicie española es el punto de reunión de los pastores guerreros que, desde el comienzo de la Edad Media, hicieron la reconquista de la península, estableciendo la superación castellana como hecho central político en la vida de España.

El mismo Jovellanos, en su diatriba contra la Mesta, señalaba que la reconquista se hizo sobre el crecimiento y movilidad de los rebaños. La reconquista fué, pues, en buena parte, la lucha del pastor cristiano contra el cultivador árabe. Por eso, cuando Jovellanos, Cangas Argüelles, Mendizábal, o sea los espíritus europeí-

nómicos colectivistas —el mundo soviético de hoy— y la organización de los pueblos sedentarios, cuyo índice político es la veneración a la propiedad, sigue siendo, aun hoy día, una base a la geopolítica y a la geografía económica. Ningún filósofo o economista de la Europa atlántica, durante el siglo pasado, podía comprender medianamente bien que nomadismo y sedentarismo pudieran ser constantes históricas de interpretación universal; pero los puntos de vista de los filósofos y economistas de la Europa atlántica observaban nada más que un oasis de clima templado en derredor suyo, olvidando que Abel Haldun había echado una ojeada a espacios geográficos enormemente mayores que los de la Europa atlántica. He aquí, pues, la razón por la cual Aben Haldun se atrevía a interpretar la Historia como una basculación de los pueblos asentados en el Asia central y septentrional frente a los asentados en la periferia de dos continentes y amantes de una propiedad sagrada. España, en pequeño, es una historia alternativa de influencias entre gentes asentadas en los litorales y gentes asentadas en la meseta central. La España invertebrada de Ortega y Gasset es la España en la que las influencias periféricas son más fuertes que las centrales, y en que la centralización política no es cuestión indiscutible, sino motivo de querellas y vicisitudes.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

zantes de finales del siglo XVIII y de todo el siglo XIX, suspiraron porque la coyuntura económica y social de España enlazase con la Europa occidental, ocurren dos hechos capitales que a primera vista son incomprensibles: la derrota de Napoleón, representante de la economía burguesa, tanto a manos de las armas como de una geografía hostil, y la derrota de muchos nuevos cultivadores que trabajaron sobre los campos desamortizados al latifundio y al señorío medieval. Fueron buenas las armas de los españoles para ahuyentar al hombre que representaba a la propiedad media y pequeña, y malos los instrumentos económicos, importados de esa Europa burguesa, con los cuales fueron aradas y cultivadas las parameras y las altas cañadas españolas, por donde otrora sólo transitaban los ganados de la Mesta. La desamortización venía siendo una reforma social positiva en Inglaterra, Francia y otros países occidentales, en tanto que en España, la sequedad del clima y la altitud de las mesetas rendían a la reforma consistencia precaria. (Recordemos la desamortización liberal en México y el actual retorno al ejido, como proceso similar, no siempre bien entendido, de acuerdo con la geopolítica mexicana).

Señala Martín Echevarría en su *Geografía de España* que el Rey Sabio y los escritores del siglo de oro, así como Lucio Marineo Sículo (*De Rebus Hispania Memorabilibus*) eran optimistas de la riqueza nacional española. Señala también el mismo autor que Jovellanos, en su informe sobre la Ley Agraria, descubría, en cambio, “estorbos físicos derivados de la naturaleza”. Esto es —comentamos ahora nosotros— la Edad Media era optimista, siguiendo en esto la opinión de la Edad Antigua; pero a partir del comienzo de la Edad Contemporánea, cuando España intenta seguir la evolución de la actual economía atlántica, el punto de vista español no fué siempre optimista. Es en nuestro tiempo cuando algunos hombres representativos alcanzan a comprender la insuficiencia de la geografía española, para sumarse a la geografía de los pueblos superpoblados e industrializados de la Europa atlántica.

GEOGRAFIA ECONOMICA ESPAÑOLA

Sobre el potencial de la riqueza española han discutido e investigado hombres como Mallada, Sebastián, Botella, Fernández Duro, Martín Fierro, Senador Gómez, Matías Picavea y E. H. Villar (y más modernamente De Miguel, Ceballos y otros), con punto de vista vario. Pero si nos circunscribimos al aspecto agrícola del potencial económico español, el cálculo de Mallada es que España está compuesta de 10 % de geografía de rocas enteramente desnudas; 35 % de terrenos muy poco productivos por excesiva altitud, la sequedad o por su mala composición; 45 % de terrenos medianamente productivo, y sólo 10 % de terrenos que nos hacen suponer que es un país agriculturalmente privilegiado.

Aunque el cálculo anterior sea pesimista, no es el único obstáculo que la geografía peninsular presenta a un régimen social populoso de tipo moderno. Analicemos el caso de los puertos marítimos y de la penetración de las vías fluviales españolas, aspectos ambos de la vida peninsular mucho más importantes de lo que a primera vista parece, sobre todo en la época del imperialismo marítimo de la edad moderna.

Antes de Londres y Hamburgo fué Sevilla el puerto atlántico que centralizó la distribución de los inmensos mercados nuevos de ultramar. (El eje de influencia marítima se había ido desplazando desde Venecia y el *hinterland* mediterráneo hacia el Atlántico.) No por azar, sin embargo, una gran serie de puertos fluviales y marítimos, cabezas de profundos *hinterlands* de economía homogénea, salidas naturales de la Europa atlántica, tales como Bremen, Hamburgo, Amsterdam, Amberes, Liverpool, Nantes, Burdeos—entre otros—, heredaron la gloria inicial de Lisboa y Sevilla, puertos estos dos últimos sin *hinterland* tan desmesurado y rico, sin industrias enormes a la espalda. Sevilla, para mantener su grandeza, debió sostenerse afecta al monopolio mercantilista que otras plazas también inicialmente mercantilistas de la Europa atlántica consideraron al fin sistema superado y en desuso. Los fabulosos privilegios comerciales de Sevilla y de Cádiz debían haber dotado

EL TRIMESTRE ECONOMICO

a España entera de riquezas mayores que las aportadas por Amsterdam a Holanda y Londres a Inglaterra; pero no es el genio de los hombres sino la condición geográfica la que opera en el ciclo atlántico europeo, sobrepasando y retrasando el ciclo español del siglo XIX, una vez que España intenta incorporarse, en este último siglo XIX, a la Europa que ha tomado la delantera.

Es cierto que Bilbao, Coruña y otros puertos atlánticos de España florecen junto al comercio europeo moderno; pero todos los puertos atlánticos españoles carecen de comunicación fluvial amplia con el interior de la meseta peninsular. Los puertos españoles no están radicados junto a ríos navegables como el Elba, el Rin y el Támesis. El Tago y el Guadalquivir debían, por tanto, ver a través de los siglos XVII, XVIII y XIX, languidecer sus respectivos esplandores ante la competencia de otros pueblos y países europeos, mejor dotados fluvialmente para la carga del tráfico internacional. En consecuencia, ni la historia ni la vida económica española podían marchar ni desarrollarse a parecido ritmo, ni las vicisitudes públicas españolas podían ser semejantes a las que se desarrollaban alrededor de ese oasis de clima templado que es la Europa atlántica.

¿Qué representaba España, con modesta producción de combustibles minerales —hullas, antracitas, lignitos— de 6 a 7 millones de toneladas anuales, frente a los correspondientes grandes países industriales de Europa, tales que Inglaterra y Alemania, y aun Francia y Bélgica? Las industrias metalúrgicas no corren parejas con la industria minera, precisamente por faltar a España el complemento esencial de los combustibles minerales. Rica como es España en hierro, plomo, cobre, y tantos otros minerales necesarios para la industria moderna, en cambio, por falta de carbón suficiente, debe exportar buena parte de sus minerales para que otros los beneficien y los transformen en equipos y herramientas de trabajo.

La irregularidad de su geografía y la de sus corrientes fluviales —más torrentes que ríos— conceden a España la merced

GEOGRAFIA ECONOMICA ESPAÑOLA

de encerrar reservas hidráulicas disponibles que pueden llegar a 5 millones de caballos-vapor, y hasta la potencia teórica de tal fuerza se calcula en más del doble; pero la inversión total que España debe poner en marcha, de acuerdo con los cálculos y estudios técnicos de Prado, Gallego Ramos, Urrutia, González Quijano y Villalba Grande, sobrepasa con mucho la fuerza financiera actual española, demasiado sometida a las crisis de acumulación y ahorro que han hecho de los países principalmente agrícolas, entre ellos de España, un campo inestable y precario de altas realizaciones industriales.

Si de los factores permanentes de la geografía económica española pasamos a otros factores transitorios y, tomamos, por ejemplo, el crecimiento y evolución vegetativa de las poblaciones ¿qué encontramos? Comparemos el desarrollo de Alemania y España desde la época de más apretura histórica en ambas naciones, esto es, los finales del siglo xvii. Ambas naciones comienzan a prosperar en población a comienzos del siglo xviii; empero, en el siglo xix ocurre algo aparentemente extraordinario: Alemania es vencida por Napoleón y desmembrada transitoriamente, sin embargo de lo cual el ciclo de guerras napoleónicas no retrasa el desarrollo de su población. En cambio, España, vencedora neta de Napoleón, si bien tiene a través del siglo xix un aumento continuado de habitantes, durante tal aumento experimenta un largo proceso de inquietudes y crisis sociales del que todavía no ha salido. Alemania se incorpora a los pueblos dominantes de la Europa atlántica; España intenta incorporarse también, pero no lo consigue de hecho. El aumento de población de Francia, Inglaterra, Países Bajos y Alemania, se adapta a la geografía atlántica; primero, porque la superficie cultivable agrícola es más homogénea que en la península ibérica —salvo la periferia atlántica española, precisamente—; segundo, porque el exceso lo recogen el incremento industrial moderno, las grandes ciudades políticas y administrativas y la expansión colonial conquistada allende Europa. La geografía económica es-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

pañola —diría Aben Haldun— no podía soportar toda ella un crecimiento de población desde ocho a veintitantos millones sin convulsiones en el *status* de la propiedad tradicional. En la Edad Media sólo se cultivaban en España los oasis y vegas fértiles, dejándose las montañas al pastoreo; en la Edad Media las instituciones populares, que existieron fuera de los señoríos, debían poseer, sólo por esta circunstancia, una cierta raigambre, y esta raigambre hace salir de España un Estado dispuesto a la conquista del mundo. Como es natural, todavía florecía España dentro de las grandes civilizaciones agrícolas, y la época del acero no había llamado a las puertas de los países que poseen los tesoros de Gales, del Ruhr y de Charleroi, sin olvidar Pittsburg, en los Estados Unidos de América.

Si del fenómeno del crecimiento de las poblaciones pasamos a otros factores determinantes de la vida social moderna, como es el aspecto dinerario de la riqueza española, encontramos que el mayor o menor carácter de circulación monetaria es un distintivo social inconfundible en nuestros tiempos, sobre todo si queremos hacer un paralelo entre España y los países de la Europa atlántica —naturalmente, sólo hasta la tercera década de este siglo, momento en el cual el sol atlántico de una cultura superada comienza a declinar un tanto.

Pues bien, sabido es que la España musulmana poseía una riqueza monetaria procedente de su intercambio interior y su comercio con Africa y Oriente. Sabido es que España, antes de la vuelta de los galeones que conducían las nuevas riquezas auríferas y argentíferas americanas, había ya podido financiar sus iniciales guerras en Italia, utilizando buena parte de las especies amonedadas conquistadas a los árabes levantinos y andaluces. Los Reyes Católicos, al dar el paso definitivo para la unificación de España, ordenaron fundir todas las piezas de oro y plata que habían circulado hasta entonces, mezcolanza de orígenes diversos, principalmente árabes. Como signo principal de la Monarquía Absoluta,

GEOGRAFIA ECONOMICA ESPAÑOLA

restauraron la moneda "fuerte". La Ordenanza de Medina del Campo, de 1497, puso de acuerdo la unidad de cuenta y las piezas en circulación. Durante los siglos xv y xvi, acomodándose la Monarquía a cuestiones de prestigio, fabricó monedas impecables, pero —dicen los historiadores monetarios— la perfección de tales monedas marcó una razón para el atesoramiento de los metales amonedables, puesto que la renta real de la producción nacional no había crecido y progresado en la misma medida que el acervo monetario mismo. La perfección de las monedas españolas de aquella época elevó su cotización hasta el punto de servir de referencia a la especulación. Si la ruina de la producción nacional no hubiera sobrevenido, con los gastos de las conquistas exteriores, dicha especulación no habría tenido ningún éxito. Mientras la pistola o doble escudo de oro, creada en 1537 por Carlos V, sirvió de moneda de oro al universo entero, en España quedaban en circulación monedas depreciadas y fabricadas de bajo vellón.

Es decir, España comenzó siendo la nación dineraria por excelencia, entre las demás naciones modernas del continente europeo, pero se convirtió, al transcurrir del tiempo (y en virtud de la dificultad de la geografía económica para adaptarse a las condiciones sociales modernas) en nación satélite de otras naciones gran dinerarias. He aquí una justificación a muchas crisis históricas que no tendrían explicación si se dejara al margen el problema de las de la depresión monetaria española. La España moderna no podía ser una economía plenamente capitalista, al estilo de la inglesa. La gran reforma monetaria de los Reyes Católicos, reforma que abre el ciclo monetario y capitalista actual, no da beneficio óptimo a España: el sistema dinerario español perdió pronto su supremacía, a pesar de las reformas monetarias de Felipe V, y de que en tiempos de Carlos IV, gracias a México y al Perú, todavía contaba con cuños valiosos.

Había, sin embargó, excepciones que señalar a esta disconformidad entre el ciclo económico europeo —de la Europa atlántica—

EL TRIMESTRE ECONOMICO

y el propio de España. Había también una España geográficamente atlántica, la cual, junto con Portugal, se hallaba soldada al gran ciclo occidental. Era la parte peninsular que durante la Edad Media no había sido penetrada por la invasión árabe; aquella parte de la geografía peninsular de clima húmedo y paisaje boscoso. Covadonga como Poitiers eran límites geográficos a la penetración de toda la civilización árabe, nacida ésta en geografías meridionales y cálidas. Por su parte, Cataluña no es región atlántica, sino mediterránea, pero un clima templado la soldaba al bloque de regiones europeas de clima similar. En los tiempos modernos, Cataluña, como el norte de Italia y la Provenza, se unía, mediante sus industrias ligeras, al bloque europeo industrial, de cuyo bloque eran parte integrante natural el País Vasco, Asturias, más toda la parte noroeste de Portugal.

IV

No es nuestro intento estudiar la relación que existe entre las dificultades de la geografía económica española para integrarse como una sólida pieza a la Europa atlántica, y las dificultades que de ello se han derivado para la vida social española durante el siglo xix y lo que va del xx. El capitalismo español, la llamada cuestión obrera española, son aspectos de una historia que marcha por su camino, a través de una ruta marcada por la geografía económica peninsular misma. Lo mucho que deben los problemas sociales e históricos españoles a la benéfica influencia generadora del occidente europeo, y lo que deben más permanentemente al suelo peninsular; tales cuestiones no son de nuestra competencia en este momento. Otras plumas mejor cortadas que la nuestra habrán de poner en claro cómo el mar interior de la vida económica española ha vivido y vivirá de la aportación alternativa o conjunta de dos grandes corrientes: la que nace de su propio yo específico y la que nace de su vecindad con otros pueblos cultos del ciclo europeo atlántico.

GEOGRAFIA ECONOMICA ESPAÑOLA

Este estudio también deben llevarlo a cabo los iberoamericanos, con respecto a Iberoamérica.

Lo único que en este momento cuenta es que, tanto los filósofos como los economistas españoles no olviden (hoy que la Europa atlántica se halla en crisis) a este personaje egregio de la realidad ibérica que es su geografía, la cual, si ha separado durante el siglo XIX a España de las grandezas de la Europa atlántica, todavía puede dar a España alternativa histórica para el futuro. Tampoco olviden los españoles a esos geopolíticos que se llaman Aben Haldun y el gran Costa, quienes descombraron una parte de la herencia consuetudinaria española, poniendo en utilidad y valor el patriotismo abandonado de la geografía semi-africana, pero de relieve y clima continental, de la península ibérica.

Porque si los españoles han de aportar al mundo futuro una nueva enseñanza, esa enseñanza, que ha de ser válida para una gran parte del mundo iberoamericano, se escribirá para mostrar como puede ser puesta en explotación una geografía cuyas principales fuentes generadoras de energía industrial son el agua y el sol. (Con el petróleo, en el caso de América.)

Agua nacida en montañas y despeñada por torrenteras que debe servir de auxiliar para electrificar, a falta de grandes yacimientos, tanto en España como en Iberoamérica, de un mineral combustible tal que el carbón.

Quizás si extraemos de nuestra geografía económica los misterios térmicos del agua y del sol podamos poner en esclavitud de trabajo ese terrible personaje mítico que habita las montañas españolas e iberoamericanas, cuya conquista dará como fruto el de nuestra futura estabilidad económica y social.